

de Juan J. Linz acerca de la posibilidad de que un gobierno de origen no democrático sea preferible para gestionar una transición política respecto a otro integrado por la oposición, tentado de retrasar las elecciones para realizar otras transformaciones sociales y económicas (una posibilidad contemplada en los programas de la oposición antifranquista, si bien poco probable llegado el momento). Así que “los mejores estrategas de la democratización no serían pues los propios demócratas sino los que piensan que no hay otra solución para mantenerse en el poder que transformar su régimen”. Una hipótesis discutible, en apariencia más cercana a las tesis de Cristina Palomares, aunque tal capacidad de adaptación no presuponga en ningún caso voluntad democratizadora y menos aún convencimiento sobre las virtudes de la democracia parlamentaria.

Javier Muñoz Soro

CORDERO OLVERO, Inmaculada, *El espejo desenterrado. España en México, 1975-1982*, Sevilla, Fundación El Monte-El Colegio de Jalisco, 2005, 337 pp., ISBN 84-8455-156-6.

Las relaciones diplomáticas entre España y México, a partir de 1821, se han caracterizado por la serie de encuentros y desencuentros a través del tiempo. Sin embargo, la ruptura oficial más larga e intensa fue la que se produjo desde el final de la guerra civil española hasta poco después de la muerte de Francisco Franco. A partir de este momento, 1975, poco o nada se conoce, de las relaciones hispano-mexicanas. Y quién mejor que Inmaculada Cordero, profesora de la Universidad de Sevilla, que ya en una obra anterior (*Los transterrados y España; un exilio sin fin*, Huelva, Universidad de

Huelva, 1997) hace un análisis de la integración e imagen que los exiliados españoles provocaron en el México posrevolucionario, el México del PRI, entre 1939 y 1975.

En *El espejo desenterrado. España en México 1975-1982*, Cordero Olivero historia una temática novedosa: las relaciones hispano-mexicanas entre 1975 y 1982, es decir, el primer tramo del encuentro, luego del longevo desencuentro diplomático, mas no oficioso claro está, entre ambos países. El estudio comprende, además de los tratados diplomáticos, las relaciones culturales, las transacciones comerciales y desde luego las visitas de Estado de españoles a México y de mexicanos a España entre 1975 y 1982.

Durante el siglo XX, España y México han vivido procesos políticos similares que se entrecruzan justo en el momento de su apertura diplomática en marzo de 1977. Y es así cómo, partiendo de este precepto, que la autora realiza el análisis de esta compleja relación que divide en ocho apartados. El libro se auxilia de fuentes primarias, en las que sobresale la prensa mexicana de la época, además de, entre otras, el manejo de Anuarios y Estadísticas del Archivo General de Migraciones, que se acompañan de un espléndido trabajo de recopilación de imágenes, veintidós para ser exactos, que se presentan como “Las relaciones España-México en la caricatura mexicana”.

En “Sobre la imagen de España en México” hace una síntesis de la relación entre México y España de 1821 a 1939. Los avatares políticos que aquejaron a la joven nación independiente influyeron en su relación con la Corona española. Las buenas relaciones que había entre el régimen mexicano de Porfirio Díaz y los monarcas españoles se vieron trastocadas por el inicio de la revolución mexicana en

1910, sin embargo, una vez instaurado el nuevo régimen posrevolucionario mexicano, en 1920, sobrevino una etapa de solidaridad y compromiso con el republicanismo español.

En “México y el régimen de Franco” hace un análisis del ideario diplomático que distinguió a la política exterior de México teniendo como ejemplo uno de sus temas más sensibles, su relación con las dos Españas: la de Franco y la republicana, incluida la crisis diplomática de septiembre de 1975, entre ambos países. No menos interesante es lo que ofrece el apartado “Un socio interesante: las relaciones económicas”, motor de los contactos entre México y España entre 1939 y 1975. Lo cierto es que esas relaciones aumentaron con el ingreso de España en la Comunidad Económica Europea y, en México, debido a las interesantes previsiones que provocaron los descubrimientos de nuevos yacimientos petroleros.

“Un aliado bajo sospecha” pone al descubierto los contactos diplomáticos. La postura de Luis Echeverría con respecto a España, al saberse candidato a la presidencia de México, se alejó de la postura tradicional de los presidentes que le antecedieron. El capítulo se cierra con la polémica designación de Gustavo Díaz Ordás, presidente de México entre 1964 y 1970, como embajador de México en España, por su presunta responsabilidad en la represión estudiantil de 1968. El quinto capítulo “España en México, México en España” gira en torno a las visitas de Adolfo Suárez a México, de José López Portillo a España y de los reyes de España a territorio mexicano. Es justo mencionar que es en éste y en el capítulo siguiente, en donde se toca el tema de la percepción de “lo mexicano” en España. La otra cara de la moneda.

Además de las relaciones comerciales, sin

duda el otro motor de los contactos hispano-mexicanos entre 1939 y 1975 fue el de las relaciones culturales, que aunque se transformaron, no desaparecieron durante los años tratados en el libro. De ello trata el apartado “Un aliado natural: los contactos culturales”. De donde surge una nueva interrogante: qué tratamiento dará la España democrática al exilio y su legado. El séptimo capítulo habla de la participación de España y México, en el conjunto de naciones, unidas por un lenguaje común: Iberoamérica. Porque, además de historias paralelas, México se convierte en la frontera norte de Hispanoamérica y España en el representante de Iberoamérica en la Unión Europea. El resultado: la occidentalización de España y su intermediación con Latinoamérica. El apartado final refrenda lo anunciado en el libro: los paralelismos históricos, con sus matices, entre España y México. El espejo desenterrado es original y bien logrado porque, por un lado, ofrece una interpretación moderna de las recientes relaciones hispano-mexicanas y expone alcances y perspectivas de dos naciones que, además de ser socios comerciales, se caracterizan porque sus territorios son utilizados por inmigrantes que buscan mejorar su situación económica. Sin contar a los propios connacionales, para el caso de México, que salen hacia los Estados Unidos. Y por otro, porque las relaciones hispano-mexicanas, a partir de la transición española, han sido un tema descuidado por los hispanistas en México y por los mexicanistas en España.

Con respecto a esto último la autora señala, desde la introducción, que es en México, vecino de la potencia política y militar del planeta, donde se dan fenómenos tan particulares con respecto a la imagen que de España se tiene en lo que fueron sus territorios en América. Esos

fenómenos son: que México es la frontera norte de Hispanoamérica, que en sus entrañas habita la antigua colonia española, uno de los grupos con un peso específico en el mundo de los negocios, y que su gobierno se convierte en juez y parte del conflicto civil hispano que deriva en una abierta y sin cortapisas simpatía hacia el bando republicano, lo que en parte, explica, que en el país los conceptos como la hispanofobia y la hispanofilia estén tan marcados, como se aprecia en el libro. Estos elementos son dignos de atención por parte del historiador, porque además de “acrecer el interés, por un tema poco tratado por investigadores españoles, ofrece, múltiples aristas”.

Ciertamente, las noticias de España en México influyeron en los ámbitos políticos, culturales, intelectuales, diplomáticos y naturalmente en el de los negocios. Estas noticias son, en ocasiones, asumidas como problemas que nos atraen. Y esta situación se sustenta en la tesitura del texto. Como ejemplo de lo anterior, Cordero Olivero, dice que la Guerra Civil española y la Transición “sirvieron a la opinión pública mexicana como catalizadores de problemas de carácter interno. Los mexicanos vivieron la contienda, antes lo habían hecho con la República, como si de un asunto de política interna se tratara” (p. 43). Lo que no deja de sorprender a la autora es que, a pesar del desconocimiento de “lo mexicano” en España, en la prensa contemporánea de México es atendido con interés lo acontecido en la península. Aunque en ocasiones la fuente «nos dice tanto, sino más, del observador que del observado». Sin duda el libro se inscribe dentro de la historiografía de las relaciones hispano-mexicanas, sólo que en su faceta más reciente, y nos invita a reflexionar sobre la labor que aun queda por realizar cuan-

do se tocan estos temas, pero sobre todo a historiar la otra parte de esta historia: la de la imagen de México y los mexicanos en España, incluso en la España de hoy.

José Francisco Mejía Flores

MUÑOZ SORO, Javier, Cuadernos para el Diálogo (1963-1976). Una historia cultural del segundo franquismo, Madrid, Marcial Pons, 2006, 401 pp., ISBN 84-96467-14-7.

La interesante historia que nos cuenta Muñoz Soro comienza en los primeros años sesenta. La sociedad española experimentaba entonces un acelerado proceso de cambio en sentido modernizador, en un contexto de crecimiento económico, expansión del consumo de masas, apertura al exterior en contacto con el turismo y progresiva integración en los mercados internacionales. El régimen franquista estaba a esas alturas plenamente consolidado y no se justificaba ya el totalitarismo estatal de la ley de prensa de 1938, una ley dictada en plena guerra civil que suponía un férreo control de la actividad periodística a través de la censura previa, esto es, de la facultad de la Administración de revisar y corregir todos los contenidos periodísticos antes de que fueran publicados, y a través también de otros mecanismos como las consignas y los artículos de obligada inserción. Por si fuera poco, el gobierno se reservaba el derecho de nombrar y cesar a los directores de las publicaciones.

Cuando Manuel Fraga Iribarne sustituyó a Gabriel Arias Salgado como ministro de Información y Turismo, en julio de 1962, el clamor por un cambio en la legislación de prensa era bastante general. Los periodistas no ocultaban el malestar, el desaliento y hasta la humillación que